



# IRIS

NUM. 85

BARCELONA, 22 DICIEMBRE 1906

25 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid



# FIN DE AÑO

Muchas cosas nos anuncian que el año toca a su término. Pero, entre todas ellas, hay dos que inspiran particular curiosidad. Me refiero á los almanques y á los nacimientos. Cuando éstos aparecen al público, nuestra ex stencia se halla cerca de apuntarse un número más en la cuenta de sus años.

No no conozco nada tan sugestivo, ni que haga pensar tanto, como un almanaque. Es el tiempo, que no cesa en su carrera, reglamentado día por día. Es un pedazo de eternidad, encerrado en un libro.

Es una cuenta de nuestra vida que va caminando, con sumas incesantes, hacia la muerte. Tiene, indudablemente, un almanaque, mucho de tético. Siempre nos está hablando de cosas parecidas.

Por eso, quizás, suelen aparecer los almanques rodeados de atractivos y adornos. Se le suele hacer pequeño para que quepa en una cartera, y llevarlo siempre consigo. Se le colocan apéndices utilísimos, para romper la monotonía de su tradicional texto. Se le respalda, si es en forma de taco, de amenos juegos de ingenio. Se le planta, en fin, sobre un cuadro risueño para que alegre nuestras habitaciones.

A veces, se le convierte en un volumen artístico, con dibujos y versos, para que sirva de recreo y de ornato. En suma, se dora la pildora. Porque no hay nada tan amargo, tan repulsivo, tan sombrío, como ese eterno testigo de nuestra existencia. El almanaque y el reloj son dos huéspedes importunos é indiscretos, que dehlamos de desterrar de nuestras casas. Constantemente nos están marcando la hora y el día en que vivimos.

Sólo, en crueldad, puede compararse el espejo. El espejo nos dice por las mañanas, al levantarnos, la verdad de nuestras arrugas y de nuestras canas. Los tres artefactos nos marcan las desilusiones, las debilidades, las flaquezas. El almanaque, el reloj y el espejo debieron ser inventados por la envidia.

Pero, no para todos es el almanaque motivo de melancolías ó desesperaciones. Los jóvenes al repasar sus hojas, hallan dóquiera pretextos de venturas. Cada fecha sólo dice para ellos: «Esperanza». Todos los días son fiesta. Las estaciones todas están llenas de placeres. Para la juventud no hay invierno. El amor reúne suficientes calores para derretir todos los hielos. Cuando el sol de la ilusión brillan el cielo del espíritu no hay vendabales que destruyan las flores que nacen en los vergeles de la fantasía. Para los quince años, un año nuevo no es más que un aumento de felicidades.

No deja de ser un consuelo, en medio de las adiciones presentes, ver que aun en los escaparates de las tiendas, siguen poniéndose á la venta, para regocijo de los niños, los *Nacimientos* de corcho pintado, precursores de la fiesta secular del natalicio del Hijo de Dios. No pasa el tiempo por estos encantadores artefactos. Allí se ven los mismos pastores de barro cocido, las mismas estrellas de tolo, los mismos riscos formados de papel de estraza, los mismos ríachuelos confeccionados con pedacillos de espejo. Y en torno de estos tradicionales juguetes se nota el mismo regocijo y la misma sorpresa de la infancia, para la que la vida todavía no puede extender ante los ojos sombras trísticas á sus horizontes aorados. Para los niños, los sugestivos esplendores que rodean la Nochebuena, todo es contento y algacera. Zumba la zambomba, chirría el rabel, repiquetea la pandetería; y los tiernos corazoncillos de los muchachos hallan de gusto en el pecho. Es, para ellos, Navidad, la fiesta del júbilo, gigantesco, con comidas opíparas, y con auctos libérrimos. Es, en verdad, su fiesta. Para las personas que ya peinan canas, suele ser también algo hermoso. Suele ser una remisión cecia melancólica, un retroceso agradable en la jornada terrenal; un nuevo rejuvenecimiento; un decasano refrigerante en medio de las acideces de las penas. Por eso, todos, chicos y grandes, contemplamos con embeleso los «Nacimientos». En las casas que aun no tienen barbas, despiertan una ilusión de dicha presente; en las mejillas, ya cubiertas de pelo nevado, resucitan la dulzura de un pasado delicioso. Y en todos, en todos los que no han marchitado la hermosa flor de las creencias, esas toscas representaciones de la navedad de Jesús, ponen en conmoción el alma como el recuerdo de algo divino, celestial, dulcísimo, que habíamos olvidado.

JOSÉ DE SILES





# NOCHEBUENA

## I

Era un rapazuelo de diez años, alegre y vivaracho, que se pasaba el día y parte de la noche voceando periódicos por la calle, corriendo de ceca en meca y gozando dentro de su callejero oficio la libertad del pájaro que se la busca por donde puede.

El 24 de diciembre hizo Pepet la gran campaña. Había vendido tres manos de periódicos vespertinos, doble que de ordinario y aquello alegraba su Nochebuena como fausto acontecimiento.

Contar y recontar sus fondos era un deleite para él; pero la idea de tener que entregárselos a su madre le puso de mal humor, pues no así como así estaba dispuesto a pasar las Pascuas *tronado* como de costumbre. Después de muchos planes y combinaciones, que ninguno le satisfacía por completo, pensó hacer su primera calaverada como tomándose la *alternativa* de hombre y convirtió la Nochebuena en noche toledana. Por lo pronto no fué a su hogar; cenó en una casa de comidas, pareciéndole los manjares mucho mejores que nunca, sin duda por pagarlos de su bolsillo; tomó unas copas de varios licores, como hombreado; y encendió un cigarro puro, al que siguió otra tagarrina. La falta de costumbre de semejantes excesos le descompuso el cuerpo y le mareó hasta llegar á tambalearse, pero ¡qué se diría de él si se rendía sin vencer en toda la línea! Faltaba algo más que completara su obra y se marchó á misa del Gallo, sentándose acurrucado en el rincón de recóndita capilla.

Los vahidos y mareos aumentaban, las luces se multiplicaban ante su vista, las columnas y bóvedas del templo, daban vueltas como los caballitos del *tio-vivo*, el pavimento se hundía en el abismo, y las pastorelas y villancicos, acompañados de armonium, panderetas y zambombas, resonaban en su alma como suave y adormecedora música. Pepet se rindió por fin á las caricias de Morfeo y la poética misa del Gallo siguió su curso.

## II

Una hora después todo había concluido.

Los fieles abandonaron el templo; los clérigos se desojaron precipitadamente de los sagrados ornamentos y los sacristanes y acólitos apenas se vieron solos, cerraron las puertas y se fueron dominados por la impaciencia de divertirse sin hacer antes la concienzuda requisa de costumbre.

En el templo reinaba un silencio sepulcral; las mortecinas luces de las lámparas se apagaron y la espaciosa nave quedó inundada de sombras. A todo esto eran las cuatro de la mañana, y Pepet que dormía en el rincón de la capilla empezó á sentir las crudezas del frío que entumecía sus miembros y acabó por despertarle.

Al reconocer el sitio donde estaba tuvo horrible pavora cual si se viese aislado del mundo en el seno de una cripta. La ilusión óptica producida por el estupor le hizo ver luces de mil colores y sombras de espectros que flotaban en el espacio amenazándole con terribles garras cual si fueran á despedazarle ó á sumergirle en los abismos infernales. El mismo miedo que producía aquellas visiones le hacía oír en el silencio profundos ecos de ultratumba que crispaban sus nervios, abrían sus carnes y torturaban su espíritu. Tembloroso y convulsivo como si á cada paso encontrase un nuevo y aterrador fantasma, principió á andar buscando la salida con los brazos encogidos y los dedos á garrotados cual si fuese á repeler una agresión.

Cuando menos lo pensaba, como si los imaginarios espectros que revoloteaban á su alrededor tomaran cuerpo, las rígidas y temblorosas manos de Pepet, rozaron nerviosamente en la amojamada carne de un rostro humano, que no era otro que el de una beata que se quedó dormida.

Aquella brusca impresión le arrancó un grito estentóreo, que fué contestado por otro grito desgarrador. Aquellos dos seres se temieron y se apartaron ahogando su voz en la garganta como sustrayéndose así mismos en fuerza de guardar silencio.





Instintivamente buscaron con sigilo la salida. Y casi á un tiempo llegaron á la puerta. Las manos de Pepet tocaron de nuevo el aperganinado rostro de la beata repitiéndose la trágica escena de los gritos que al repercutir en la sombría bóveda se multiplicaban por el eco.

El chiquillo huyó despavorido acurrucándose en una capilla y la beata se quedó junto á la puerta como si la proximidad á la calle confortase su espíritu abatido. Aquellos dos seres supersticiosos creyeron haber visto al demonio y dándole forma material su fantasía lo imaginaban como atlético mambís, negro, muy negro, con los pómulos salientes, los labios abultados, los ojos como brasas de fuego, la cabeza cos astas de toro veragüeño y las garras con uñas de pantera.

### III

A las cinco de la mañana la llave rechinó en la cerradura, el sacristán penetró en el templo y la beata pudo escapar cautelosamente sin ser vista. Al llegar á su casa hizo el terrorífico relato de la aparición del demonio y se metió en la cama temblorosa y congestionada. Temiendo la familia ante los interminantes espasmos de la vieja, llamó á un médico que ordenó en el acto una sangría.

### IV

Mientras tanto, el sacristán encontrando en su escondrijó al chicleto que no se atrevía á moverse, le pegó con un cirio en la cabeza diciendo con imperiosa voz:

—Anda granuja, anda á almorzar. ¿Qué se te pierde aquí á estas horas?

Pepet salió silencioso, dió vueltas por las calles recordando con asombro lo ocurrido y cuando venciendo el natural temor se presentó en su casa hallóse sorprendido por un movimiento inusitado: el médico que recetaba, la familia que gemía, los vecinos alarmados, y su abuela en el lecho con la inquietud de una demente diciendo que aun veía á Lucifer arrojar llamas por la boca y hacerle muecas grotescas que le llenaban de espanto.

—¿Qué pasa? — preguntó el rapazuelo sorprendido á una hermanita suya que lloriqueando devoraba un pedazo de pan y longaniza.

—Pues mira, — contestó la muchacha, — que el demonio le ha salido á la abuela y la ha arañado esta noche en la iglesia de San Juan.

El chico se estremeció comprendiendo entonces el origen del drama fantástico y terrorífico que le dió tan mala nochebuena.

J. FILLLOL SANZ





LOS DESVENTURADOS



¡NI EL REINTEGRO!

Ayuntamiento de Madrid





### NOSTALGIA

Una arboleda frondosa  
donde hallar sosiego y calma,  
donde no lleguen del mundo  
las pasiones insensatas,  
do el silencio sólo turben  
las avecillas que cantan  
el leve ruido de la hoja  
al descender de la rama,  
el murmurio de las fuentes,  
el serpenteo del agua;  
un lago claro y sereno  
donde el cielo se retrata,  
mucha luz, mucho perfume,  
mucha vida, mucha calma,  
una fantasía que huya  
á las regiones sagradas  
y oiga los cánticos dulces  
de las cerúleas arpas,  
y una mujer que me adore,  
que mitigue mi *nostalgia*,  
que sea vida de mi vida,  
que sea alma de mi alma.

¡Esa es mi única ambición!  
¡Esa es mi única esperanza!  
¡Qué grande, entonces, qué grande,  
qué sublime es la enamada!  
Y ¡qué pequeño es el mundo  
que se observa en lontananza!!

MANUEL DE PEÑARRUBIA



# GUSTAVO MOREAU

En virtud del legado hecho en su testamento por Gustavo Moreau, cuenta hoy la ciudad de París con una nueva galería, exclusivamente formada por las obras de aquel artista, uno de los más ilustres entre todos los contemporáneos.

La colección comprende más de 8,000 números, entre cuadros al óleo, acuarelas, dibujos y estudios, y su apertura al público ha sido una revelación para muchos que no habían podido apreciarle en todo su valor. El nuevo museo, instalado en una preciosa casa, también cedida por Moreau á su ciudad natal, se halla en la calle de Rochefoucauld, número 14, y su arreglo ha corrido enteramente á cargo de M. Rapp, albacea é íntimo amigo del insigne artista.

Ya al fijarse en las obras de su primera juventud,—copias de cuadros italianos y vistas de la Campiña Romana,—se echa de ver que Moreau era un admirable pintor de la atmósfera y que apenas le sobrepujan en brillantez de color los grandes maestros románticos Delacroix, Bonington y Decamps.

La inspiración de Moreau era siempre elevadísima y personal, pero su *genio*, sus métodos y técnica derivaban de los más diversos artistas: Carpaccio y Turner, Mantegna y Signorelli, Durero y Pusino, Ingres y Delacroix, los iluminadores de la Persia y de la India y el Giorgione.

Los asuntos escogidos por el gran maestro pueden clasificarse en tres órdenes: el Ciclo Heroico, el Ciclo Femenino y el Ciclo Poético.

En la primera clase se comprenden las más culminantes figuras de la mitología y la leyenda: Edipo, Jason, Teseo, Neso, Hércules, Moisés, Orestes, Prometeo, Diomedes, Jacob, David.

Como pintor de mujeres es sublime: allí se admiran *Salomé danzando ante Herodes*, las *Hijas de Cestio* envueltas en la voluptuosa atmósfera del

gineceo, las *Peris* orientales, Helena en las murallas de Troya, Galatea, tal como la describe Teócrito, Leda, Danae; todas ellas supremamente graciosas y llenas de la más pura armonía. No es posible expresar más delicadamente que Moreau la belleza femenina.

El Ciclo Poético,—que está representado por numerosos lienzos al óleo y acuarelas,—se caracteriza por la emanación, la encarnación, de algo divino. Podría compararse la inspiración de Moreau en este caso á la de Carlyle al hablar de los *Héroes*, solo que la manifestación es diferente. Admiranse, en dicho orden, *Tirteo conduciendo á sus soldados á la batalla*, el *Poeta Persa*, en medio de los jardines de Bagdad, la *Quimera*, las *Sirenas*, el Poeta cabalgando sobre Pegaso, Hesiodo en medio de las Musas; pero no solamente pinta Moreau al Poeta en plena juventud y belleza, sino también en su agonía.

Todas las obras de la galería pueden referirse á uno ú otro de esos ciclos, y es cosa digna de admirarse que en este siglo impregnado de realismo y naturalismo hubiese quien tan firmemente creyera en el Ideal. El arte de Moreau es, en efecto, una excepción y habrá de chocar verdaderamente, cuando los venideros estudien la historia del siglo XIX, que hubiese un pintor tan ajenos á su medio ambiente. Gustavo Moreau, en efecto, ocupará un lugar aparte entre los artistas contemporáneos por su radical diferencia con los otros. «Circunstancialmente» hay quien pinta escenas de Homero, asuntos mitológicos ó bíblicos, pero,—confesémoslo francamente,—nada de aquello es sentido. Moreau, en cambio, *sentía* lo que pintaba; para él eran *personajes* conocidos las diosas y heroínas de la antigüedad.

JULIO L. CARRIÓN



LA APARICIÓN





EL MERCADO EN NOCHEBUENA

Ayuntamiento de Madrid



## LA ROSA NEGRA

En Alemania apenas hay una leyenda donde el diablo no juegue el papel de protagonista. Y cuenta que ese país es el de las tradiciones.

En algunas se le ve representar la comedia con los pobres montañeses; en otras se eleva á la categoría épica con los habitantes de los antiguos castillos.

El diablo está en todas partes.

Hay quien le vé en la espuma de la cerveza, en las ruecas de las hilanderas, en el borrón de tinta, y, sobre todo, en la niebla que corona por la mañana los picos de las montañas, y desciende por sus flancos para cegar los ojos de los viajeros.

La niebla es el auxiliar de los precipicios.

Tiene la misión de distraer á las gentes haciéndolas olvidar su camino, y conduciéndolas como por la mano al borde de los abismos. Pues bien, allí está el diablo.

Oculta su diadema de fuego tras la niebla, y por la noche fulgura con su resplandor opaco y fosforescente. Si bien es cierto que Satanás juega muy malas partidas á la especie humana, no lo es menos que es uno de los personajes más calumniados en todas las épocas y en todos los países; lo cual demuestra la malignidad de los hombres, que en punto á mentir, pueden apostárselas con él, dándole quince y falta.

Esto es lo que me propongo demostrar en el transcurso de mi relato.

Porque hablando con verdad, y haciendo antes mi profesión de cristiano viejo, no creo que el diablo tenga una participación tan directa en ciertos actos de nuestra vida por más que él sea capaz de todo.

••

Dick abundaba en estas mismas opiniones.

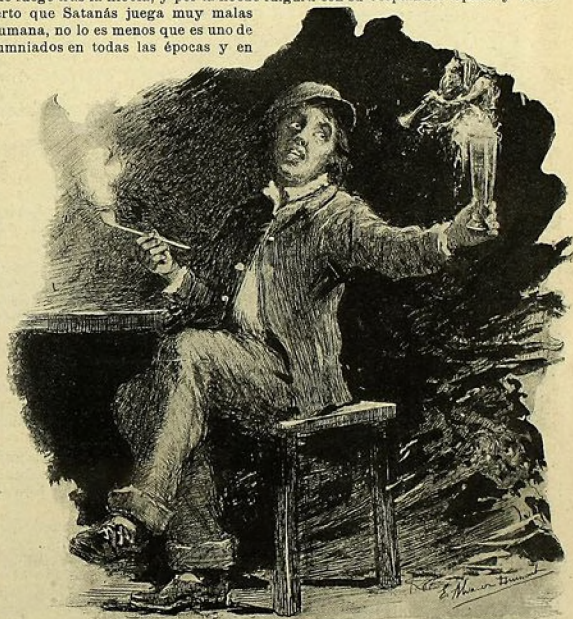
¡Ah! ¿Quién era Dick? me diréis.

Un buen muchacho, tan bueno como pobre, y tan pobre como desdichado.

Dick llevaba la desgracia á la espalda, como ciertos jorobados su joroba. Siendo pequeño, se había caído de un castaño y dislocádose un tobillo, por lo cual tenía algo del diablo cojuelo. Y siendo adulto se había enamorado de Federica, una muchacha tan rubia como un haz de espigas ya secas, tan lozana como las rosas que crecían en un rinconcito de su huerto, y tan alegre como las antifonas que entonaba el sacristán de la aldea, en la fiesta de la Natividad de la Virgen.

Para otro cualquiera no hubiese sido una desgracia enamorarse de tan linda chica, pero tratándose de Dick, ya era otra cosa.

Federica tenía una posición desahogada, y el bueno de Dick no podía ofrecerle más dote que una buena voluntad, y las veinticuatro horas del día.





Una joven enamorada puede contentarse con esto, lo cual es algo difícil; pero las jóvenes acostumbran á tener padres, y no hay ninguno que no haya soñado para su hija casadera un emperador por marido. El padre de Federica no picaba tan alto; soñaba con un conde como límite de sus aspiraciones, pero no hubiera desdenado un rico plebeyo, con tal de que poseyese alguna fortuna.

Esto pasaba en una aldea próxima á la Selva Negra, donde el padre de Federica tenía una posada que gozaba de gran crédito en aquella localidad.

Dick pasaba por allí todos los días hasta dos docenas de veces. Cuando veía á Federica asomada á su ventana, se quitaba la gorra hasta los pies, pronunciando un «Dios os guarde, señorita», que salía de lo íntimo de su corazón. Una mañana dijo Federica á su padre:

—¿Sabéis que Dick es un muchacho muy bien educado?

Pasó un mes, y cuando comenzaba el siguiente, Federica añadió á las anteriores frases, la siguiente:

—¡Y no es feo!

A los cuarenta y cinco días, la muchacha hizo esta nueva adición:

—Dick haría la felicidad de la joven que le diese su mano.

A los dos meses completos, las viejas de la aldea, murmuraban:

—Dick frecuenta mucho la calle donde vive Federica.

—Dick está muy descolorido, y la hija del posadero enrojece cuando la saluda.

—Dick come poco y suspira mucho.

—Dick habla solo y mira á las estrellas, como si las pudiese alguna cosa.

Por último:

—Dick y Federica se aman.



Está probado hasta la saciedad, que no hay una cosa en el mundo tan impertinente como una vieja. Aquellas habladerías llegaron á oídos del posadero, quien cogiendo una estaca de acebuche, se colocó en la puerta de la posada á la hora en que Dick tenía costumbre de pasar por la calle; lo que no tardó en hacer el pobre mozo.

—Buenos días, Dick,—le dijo el posadero.

—Dios le guarde, señor Francisco.

—¿No sabes lo que sucede, Dick?

—No; pero vos me lo diréis... así lo espero.

—Sucede que mi hija está enamorada de ti...

Dick exhaló un suspiro de satisfacción, con tal fuerza, que hubiera impulsado un molino de viento. El señor Francisco prosiguió:

—La pobre Federica te tiene muy buena voluntad; pero como tú no posees ni un *krentzer*, yo no te la daré nunca por esposa.

Nuevo suspiro de Dick, tan fuerte como el primero, pero más triste que una lamentación.

—Tú eres un muchacho de juicio, y no darás lugar... ¿Ves que hermosa estaca de acebuche? Pues mira; para romperse, no espera más sino que tú vuelvas á pasar por esta calle.

Dick no esperó ni una palabra más; dobló la esquina, y desde aquel día Federica no volvió á verle debajo de su ventana. Los padres en general y los posaderos en particular, tienen unos medios muy expeditos para librarse de moscones.

Una de las veces que el diablo suele hacer sus excursiones por Alemania, es en junio, la víspera de San Juan. ¿Por qué? Lo ignora; aunque lo probable es que en esa época del año, y en ciertas latitudes, estén las almas en sazón para ser trasladadas á sus dominios.



Si en aquella noche os extraviáis en algún sendero, es fácil que os encontréis alguna viejecita que os ofrezca una linda rucua de marfil, ó una copa primorosamente tallada llena de agua de los manantiales que brotan en la Selva Negra. También abundan los buhoneros, que brindan á las aldeanas preciosos dejes para adornar su cuello y sus orejas, y los peregrinos que os entregan un libro de oraciones, que no entenderéis, porque suelen ser conjuros, en el latín gótico de las leyendas.

Desconfiad de todos aquellos presentes. Cuando los exhiban á vuestras miradas apartad los ojos y murmurad un exorcismo, y empuñad la cruz de vuestro rosario, si le lleváis.

Porque aquellas viejas y aquellos buhoneros y aquellos peregrinos, no son otra cosa más que encarnaciones de Lucifer, según la opinión más generalizada de personas prácticas en apariciones.

Se cuentan cosas que aterrorizan. Un viajero caminaba fatigado por la sed; al subir un repecho de la montaña vió que una linda joven le brindaba un vaso de agua fresca y cristalina.

El sediento cayó en la tentación y bebió. A la mañana siguiente se encontraron su cadáver carbonizado. Los espíritus incrédulos echaron de ver que el viajero había caído en la boca de un horno de carbón.

Hay gentes que de todo sacan partido. Pues bien, Dick sabía todas estas cosas, y en la noche del veintitrés de junio de no sé que año, tomó el camino de la Selva Negra.

Dicen que en su interior iba haciendo el siguiente monólogo:

—Yo no quiero que la vara de acebuche del señor Francisco se rompa en mis costillas... al mismo tiempo no puedo pasar sin ver á Federica. Si el posadero no fuera su padre buen cuidado me daría á mí de sus estacas, á Dios gracias, no soy cobarde, pero es preciso respetar á ese hombre. ¡Dios mío! ¿Por qué los posaderos tendrán tan exageradas aspiraciones? Hoy estamos á veintitrés de junio, víspera de San Juan, dicen que el diablo suele aparecerse á los aldeanos y les concede todo lo que le piden á cambio de su alma, ¡es un cambio bien terrible por cierto!, si yo le pidiera la mano de Federica... esa muchacha bien vale el alma de un cristiano. ¡Ah! Si yo pudiera disponer del alma de su padre, con que gusto se la entregaría á Satanás. Pero todo eso no son más que habillitas de la gente, refieren muchos casos; pero yo no he presenciado ninguno, sería curioso que...

Dick tuvo que interrumpir su monólogo por un suceso extraño y original. Sin saber cómo ni por dónde se encontró con que su mano derecha oprimía un objeto que le punzaba.

Salió á un claro iluminado por la luna, y á su luz vió que aquel objeto era un hermoso rosal, cubierto de ojas y flores, que descansaba, ó por mejor decir, que prendía las raíces en una bola de tierra fresca y húmeda, como si hiciera pocas horas que le hubieran regado.

Aquellas flores, de la forma de los rosales comunes, eran negras. A Dick se le figuró ver que despedían sangrientos reflejos.

¿Quién había colocado en su mano aquel rosal?

Nadie. ¡Ah, esto no era posible! Sin embargo, Dick estaba persuadido de que á su vista no se había presentado ninguna humana forma, que su oído no había percibido el más ligero rumor; porque la noche era tranquila, serena, una noche sin brisa. Dick en aquel momento se acordó del diablo; arrojó el rosal lejos de sí y apretó á correr. Pero de repente se detuvo y volvió sobre sus pasos. Aquel rosal le atraía... le asió con mano trémula, y marchó hacia la aldea.

Al día siguiente todos iban á su casa á contemplar aquella especie de nueva de rosas negras, desconocidas á Line y á todos los más célebres naturalistas.

Pero ¿y qué? ¿Adelantaban alguna cosa los amores de Dick y de Federica?

No pasaron muchos días cuando el señor Francisco mantenía con Dick el siguiente diálogo, delante del extraordinario rosal.

—¡Ah! Mi buen Dick... ¡Cuánto tiempo hace que no tenía el gusto de verte!

—Que queréis, señor Francisco; os respeto y me estimo demasiado para entablar conocimiento con vuestras estacas de acebuche.





—¡Ah! pero... ¿no lo sabías? He renunciado á las estacas.

—¿De veras?

—Sí. Creo que no son buenas más que para verlas chisporrotear en el fuego durante las veladas del invierno. Federica es de la misma opinión. ¿Hace mucho tiempo que no ves á mi hija? Aunque pálida, está hermosa como las santas que rodean el trono del buen Dios, según dice el señor cura: ¿sabes que ya está en edad de casarse?

—Señor Francisco, hay conversaciones que...

—Volvamos á las estacas: al renunciar á ellas me he decidido por los rosales. ¿Dime, muchacho, sigues amando á mi hija?

Dick creyó que el posadero se estaba burlando y montando en cólera y con el ademán de un rey ofendido por un noble, le señaló la puerta de su huerto, diciéndole con voz ronca:

—¡Salid!

Pero el padre de Federica en lugar de marcharse, se sentó sobre una piedra.

—¿Quieres que hagamos un trato?—le dijo como si nada hubiera advertido.—Tú me entregas ese rosal á cambio de la mano de Federica.

Dick retrocedió asustado. En su opinión el Sr. Francisco ya no se burlaba de él; estaba loco.

El posadero repitió su proposición hasta tres veces.

—¿Pero, habláis de veras?—preguntó Dick en el colmo del asombro.

—Pronuncia una palabra y es tuya la mano de mi hija.

Dick la pronunció efectivamente: el cambio se hizo, y el rosal pasó á manos del posadero el mismo día en que se verificó la boda de los muchachos.

Al poco tiempo el señor Francisco traspasó la posada é hizo un viaje á Inglaterra. Cuando regresó á Alemania era poseedor de una fortuna de tres millones de libras esterlinas.

Los ingleses tienen ideas originales. En el testamento de mister Brake, rico propietario de la City, no había más que esta cláusula:

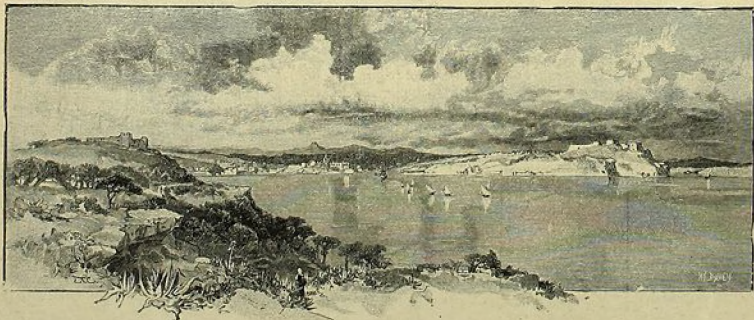
«Siendo un hecho probado que en el reino vegetal lo mismo que en el animal, existen toda clase de colores conocidos, dejo mi fortuna, consistente en tres millones de libras esterlinas, al que presente á mis testamentarios una rosa negra, la cual será depositada en mi sepulcro. Si pasan diez años sin que se realice el deseo de toda mi vida, dicha suma será distribuida entre todos los jardineros de Londres. Esta mi disposición testamentaria será reproducida en todos los periódicos de Europa y América para su mayor publicidad.—Guillermo Brake.»

Cuando murió el señor Francisco aquella fortuna inmensa, pasó, como era natural, á poder de su hija y su yerno. Este debió su felicidad al rosal encontrado en la Selva Negra.

Deducción: todos los pasaderos deben entregarse á la lectura de los periódicos ingleses, mientras existan las excentricidades de los hijos de la Gran Bretaña.

EDUARDO DE LUSTONÓ

## LAS BALEARES



PUERTO DE MAHÓN



# Amor

## Furibundo

"Te quiero porque es mi gusto,  
y en mi gusto nadie manda;  
te quiero porque me sale  
de los reñones del alma."

Eres fuerte y tartamudo,  
eres cojo y eres mancebo,  
eres valedero y giboso,  
y también eres muy chata.

Los más diversos colores,  
nubes del rosa y el nácar  
más el verde y amarillo,  
resplandecen en tu cara.

Cuando esplicas el asunto  
por la boca, que es mellada,  
y escore, como una esperta,  
buenos, sí, pero no á zimar.

Si, sentada al lado mío,  
con alguna fuerza hablas,  
por las falenas tanto lloro  
que pido al punto un paraguas.

Dicen que eres precioso  
y que te gusta la cama  
porque estás, en todo el día,  
veinte horas entre sábanas.

Dicen que eres y chistes  
sobremediano te agradan,  
y que aun la comedia dejes  
si á la lengua le das larga.

Que eres sucio, por extremo,  
los maldicientes propalan,  
porque muchas de cometas  
cada dos ó tres semanas.

También de ti se murmuran  
tales cosas así que espantan,  
más que dejes en el tinorero  
porque á la pulser alcanzan.

Pero, con falas tan grandes  
Y bellizas tan escasas,

te quiero porque es mi gusto  
y en mi gusto nadie manda."

Tu familia es un dechado  
de prendas extraordinarias;  
no hay ninguna como ella  
en las familias humanas.

Tu padre, gracioso y parco,  
de un círculo tiene la estampa;  
tu madre es mixta en herpia  
por lo horrible y por lo airado.

Tienes, por hermanos, cinco  
resellosas alimadas,  
y siete espárragos secos  
al por liones por hermanas.

Quien te quiere, cargar debe  
con tan confortoso cargo,  
y además con cuatro lias,  
dos primas y tres cuñadas.

Aunque contigo es un cielo,  
parece inferno la casa:  
uno grita y otro ruge,  
uno llora y otro rabia.

Eres pobre; más no importa;  
la suerte es joyas y galas,  
alfombras y coligadoras  
coches, teatros, jaranas.

No sabes freir un hueso  
ni te place dar puntada;  
y el barrido y el fregado  
dices que empuja el alma.

De cometas, todo lo ignoras,  
menos las cometas galanas...  
— ¡Ya verán si amolipio  
después que me case!—exclaman.

Y será verdad, sin duda,  
al ver la familia raza,  
por lo que al futuro espas  
llores un dolo sin gracia.

Más, como sé que no gusa  
quien en pelillos repara,  
"te quiero porque me sale  
de los reñones del alma."

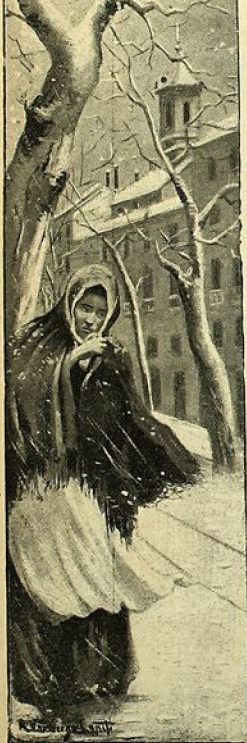
José de SILES



Donde



# EL INVIERNO



Ya llegó el año á su fin, ya es viejo, ya la nieve, como en el ca- bello del anciano, blanquea por todas partes. Todo es silencio, tris- teza, muerte, en la naturaleza. ¿Dónde están los pájaros? Han emi- grado á climas donde reina la primavera. ¿Dónde están las flores? No han quedado ni rastros en los campos. ¿Qué ha sido del sol? Sólo aparece de vez en cuando; pero pálido, frío, lejanísimo, como si se hubiera divorciado de la tierra.

A semejanza de los seres vivientes inferiores, ¿dijérase que todo permanece aletargado; todo aquello que definitivamente no ha muerto. Un inmenso sudario de niebla cubre el suelo, ahora estéril, congelado, sin vida, allí donde meses antes se balanceaban caden- ciosamente los cálidos perfumados bajo los besos de las brisas ó entre las caricias de las ligeras alas de los insectos.

Puesto que el campo es un vastísimo cementerio, el hombre se retira de él y se refugia en el hogar. El hogar que durante el verano abandonamos por estrecho, incómodo y asfixiante, nos atrae po- derosamente en invierno. En esta época el hogar se nos aparece con inefables seducciones. ¡El hogar! ¡No todos le tienen! Aunque parez- ca una crueldad abominable del destino, hay seres humanos, que durante la terrible estación invernal carecen de techo bajo el cual guarecerse. Es el invierno, por eso, el tiempo más enemigo del pobre. En el verano, espléndida manifestación del año, basta el suelo como lecho, un puñado de fruta como comida; puede vivirse al aire libre, y no necesita el cuerpo de otras ropas que las indispensables para la decencia. Puede decirse que en verano no hay pobres; desde luego su suerte es menos dura, es más llevadera. El hambre y la desnudez suelen encontrar frecuentemente consuelos.

Penetrad, en cambio, en invierno, en una buardilla. Allí, la cru- disima estación se presenta desapiadadamente. El frío se desposa con la miseria, y nace un sinnúmero de calamidades. Con el invierno se encarecen los alimentos, escasea el trabajo, aumentan las necesida- des. Todo esto, para el indiferente, para el dichoso, para el rico, resultará vulgar y prosaico. Sin embargo, ¡qué horrible es el cuadro que presenta el hogar del desvalido en invierno! Hace frío y no hay lumbre; atormenta el hambre y no hay pan; tira el cuerpo y no hay vestimentas. ¡Ah! Dios Debía suprimir el invierno pensando en los pobres. Pero este mundo incomprensible está compuesto de di- versos seres, y allí donde unos encuentran el dolor, encuentran otros el placer. Para las personas acomodadas, precisamente el invierno es la época del año que puede proporcionar más goces. El viento azota los cristales de los balcones. La nieve cubre los tejados, las calles. Mas ¿qué importa? El rico si se ve precisado á abandonar su casa, acomódase en bien acondicionado carruaje, á donde no pene- tra el frío. En su casa alfombran el piso gruesos y blandos tejidos,

que son valla lar de la humedad; cuelgan sobre los huecos de los balcones tupidas cortinas que no dejan pasar ni el más sutil soplo de aire; calienta agradablemente las habitaciones la estufa, bien nutrida de carbón encendido; abundan en el lecho las espesas y sedosas mantas y los blandos colchones de pluma.

Si, el rico halla en el invierno, en las mismas crudezas del tiempo, otros tantos motivos de deleite. Afortunadamente ¡oh, invierno! ¡no duras siempre! ¡Y por mucho que destruyas no acabas nunca con la savia escondida en la naturaleza que germina á cada primavera!

SOTERO VARELA





LAS NINFAS LAMENTANDO LA MUERTE DE ICARO (Cuadro por Heriberto Draper)

El mito de Icaro es uno de los más conocidos y citados, como símbolo del que pretende cosas superiores a sus fuerzas. Era Icaro hijo de Dédalo, inventor del *Laverinto*, donde quedaron encerrados ambos. Dédalo pudo salir fabricando con cera y plumas unas alas con las cuales salvó felizmente con su hijo los confines de Creta, pero Icaro, despreciando los avisos de su padre quiso luego acercarse tanto al Sol que se le derritieron las alas y cayó en el mar, donde las tiernas Oceánidas se lamentaron sobre su cadáver.



## EL BANQUETE EN HONOR A BLASCO IBÁÑEZ

El domingo, 9 del corriente, tuvo efecto en los Jardines del Retiro el banquete que en honor al insigne escritor D. Vicente Blasco Ibáñez organizaron sus amigos y admiradores para celebrar el brillante éxito alcanzado por su última novela *Entre naranjos*, digna hermana de *La Flor de Mayo* y *La Barraca*. Con decir que el local estaba decorado bajo la dirección de Benlliure y Sorolla queda hecho su mayor elogio. Las mesas estaban colocadas en el patio del Teatro; las galerías altas estaban adornadas con banderas valencianas que en la parte media formaban un magnífico pabellón rodeando el escudo de España y en el escenario aparecía reproducida una de las descripciones hechas por Blasco Ibáñez de escenas de la vida rural valenciana: dos casitas, la una con el típico emparado y la otra una barraca fielmente copiada del natural, ambas *entrenaranjos*, mientras dos parejas con sus correspondientes tamborilero, dulzainero, banda de guitarras y charanga animaban la fiesta. Así las parejas como dos *llauradors* que cantaron la jota y varias *albaes* vestían el traje del país.

La distinguida concurrencia, compuesta de paisanos del eminente escritor; periodistas, compañeros del valiente director de *El Pueblo*, y literatos admiradores del gran novelista, en número de doscientas personas, tomó asiento en torno de seis largas mesas, ocupando el sitio de honor Blasco

Ibáñez, que tenía á su derecha á una preciosa niña de ocho ó nueve años, hija del artista valenciano Simó, y á ambos lados los hermanos Benlliure, Sorolla y los representantes americanos.

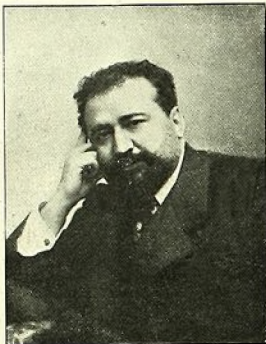
El menú se componía de platos típicos del país, luciendo sus habilidades durante la comida los dulzaineros, guitarristas y demás.

Al descorcharse el champagne, levantóse el brillante orador y catedrático de medicina D. Amalio Jimeno para cumplir el encargo que se le había conferido de saludar y felicitar á Blasco Ibáñez, lo cual hizo en un admirable discurso, tan sentido como oportuno, encareciendo la constancia y laboriosidad de Blasco, que le han llevado á conquistar la fama de que hoy goza en toda España.

Muy conmovido el ilustre autor á quien se festejaba, contestó agradeciendo profundamente el espléndido agasajo con que se le obsequiaba y que consideraba como elocuente manifestación de amor al

Arte. El Sr. Blasco Ibáñez, de cuya personalidad es difícil separar al artista del político dió muestras de finísima discreción al dirigirse á un auditorio en que figuraban hombres de todas las opiniones.

Al final del banquete llegó el Sr. Pérez Galdós, que abrazó con efusión á su digno amigo y compañero, en medio del mayor entusiasmo de la concurrencia.



VICENTE BLASCO IBÁÑEZ



GRUPO DE COMENSALES.

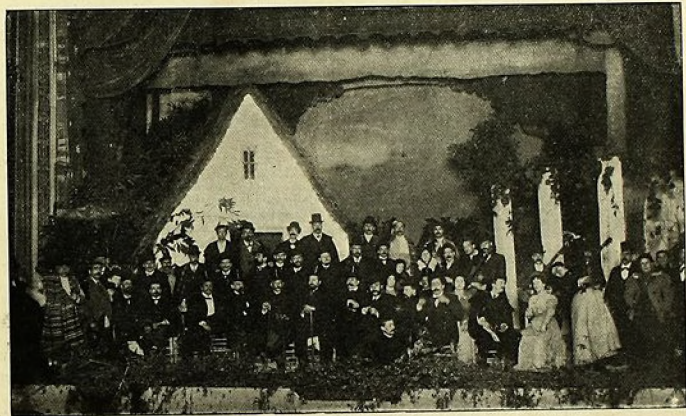
Ayuntamiento de Madrid



La fiesta terminó con el disparo de una gran traca, que medía 500 metros y daba tres vueltas á los paseos circulares que rodean el kiosko de la música.

Figuraban entre los comensales los músicos Bretón, Chapi y Serrano; Sorolla y Mariano Benlliure; Sánchez Pérez, Laserna, Villegas, Arimón, López Allué; Celio Lucio, Alvarez y Paso; Palomero, Lustonó y Manrique de Lara; Lope Silva; Ramiro Maeztu; Cavia, Nakens, Lerroux, López Ballesteros, Morote, Loma, Ovejero, Moya, Ortega Munilla, Francos Rodriguez, *Kasabal*; Canalejas, Capdepon, Aguilera, Gutiérrez Más, Mencheta, Herrero, Ruiz Jiménez, Morayta y casi toda la minoría republicana; Salmerón y García, Menéndez Pallarés, Cánovas, Martos, Prieto y Caules, Pulido, Sánchez Ortiz (D. Gerardo), Muro Azcárate, etc., etc. No se dirá que la cantidad perjudicase nada la calidad, pues más que difícil hubiera sido reunir á tantas y tan ilustres personalidades para un acto cualquiera.

A la lista de notables personalidades que asistieron al banquete y quedan enumeradas, aunque no todas, más arriba, hay que añadir las que, por diversos motivos, no pudieron concurrir y enviaron expresivas cartas ó telegramas de adhesión. Citemos entre otros á los ilustres Pérez Galdós, Picón y Llorente. «La cariñosísima, paternal epístola de D. Teodoro,—dice Roberto Castrovido,—en la que re-



EL ESCENARIO DEL TEATRO DEL RETIRO, CONVERTIDO EN PAISAJE DE LA HUERTA VALENCIANA

uerda con legítimo orgullo haber sido el primero que adivinó en Blasco Ibáñez un gran novelista, fue objeto de una grande ovación que demostró la admiración que en este Madrid, tachado un tanto gratuitamente de ligero, se rinde al respetable patriarca de las letras valencianas.»

La verdad sea dicha, no era muy difícil la adivinanza para cuantos teníamos el placer y el honor de conocer algo intimamente á Blasco Ibáñez. De ahí que cuando publicó la *Flor de Mayo* hubiese quienes no se aviniesen á considerar aquello como una *revelación*; no era más que otro paso en la senda recorrida desde que Blasco Ibáñez comenzó á escribir. Porque todo lo que ha escrito Blasco revela aquel poderoso talento, aquella vasta ilustración y aquel brio que constituyen su inconfundible y gloriosa personalidad.

Porque no es solamente en la novela donde Blasco Ibáñez ocupa un lugar entre los primeros sino también en la historia. Su grande obra sobre la *Revolución Española* es suficiente por sí sola á labrar una reputación, y no precisamente por su vibrante estilo y la valiente libertad con que se narran y aprecian los hechos sino aun por la abundancia de datos y noticias, la maestría de la composición y la multitud de nuevos pantos de vista que contiene. Allí está ya el Blasco Ibáñez observador, sagaz y elocuentísimo de las novelas posteriores, que en suma son verdaderas historias novelescas. Por lo mismo entienden muy mal los que suponen que Blasco adelantó mucho en sus viajes al extranjero. No le eran menester para ser lo que es, sin negar que pueden haber contribuido más ó menos al desarrollo de algunas de sus facultades.

Iris se honró en asociarse al homenaje tributado al gran novelista y al amigo queridísimo, estando representado por nuestro redactor D. J. F. Sanmartín y Aguirre.

(Fot. de Calvet y Amador)

ALFREDO OPISSO

Ayuntamiento de Madrid



## LA MISA DEL GALLO

I

Pepin es un arrapiezo sin nombre, sin familia y sin hogar que vive en el arroyo con absoluta independencia. No había conocido a los autores de sus días, y á los doce años sentía amor al trabajo, y repugnancia á pedir limosna.

—Soy un hombrecillo— pensaba, —y he de ganar mi alimento como las personas decentes ¡Me haré periodista!

Y en efecto, el muchacho se dedicó á vender *Imparciales*, listas de la lotería y cuantas hojas sueltas se publican en la corte, obteniendo así algunas perras para atender á sus escasas necesidades. Entre sus compañeros, huérfanos como él de una mano protectora, Pepin gozaba fama de listo.

Llegó la Nochebuena, que no tenía de tal más que el nombre y los recuerdos del cristianismo, y nuestro héroe quiso celebrar la fiesta. En las primeras horas de la noche, despachó el mozalbete su *papel*, y ya con sus fondos reintegrados se acomodó en una tienda de vinos de la calle de Toledo, cenando con excelente apetito un plato de judías y dos raciones de carne y boquerones, invirtiendo en el banquete las utilidades que le habían dejado *El Nacional*, *El Heraldo* y *La Correspondencia*.

A la noche cruda, y el Guatarrama enviaba á la villa coronada su silencio helado y peligroso. Wagala el rapazuelo, sin rumbo fijo por las calles, y oía el bullicio de los juerguistas que se dirigían á los templos á presenciar la misa del Gallo, en la misma forma que si acudieran á la romería de San Isidro. De los palacios habitados por la gente acaudalada se escapaban torrentes de luz y ecos de alegría, y Pepin al ver aquel movimiento y adivinar que los poderosos estaban de festín, murmuraba en su lenguaje picaresco:

—¡Leñe! ¡Como se divierten los señoritos! Habrán cogido algunas migajas del premio gordo. El *Guiripa* dice que se ha repartido mucho entre la gente *riacordada*. Si yo hubiera pescao unas perras me las gasto en el nacimiento de la calle de la Montera. ¡Leñe, vaya un nacimiento!

Anduvo el desheredado errante una hora, y al fin el cuerpo le pidió descanso. Huyendo de la luz de los faroles y de la mirada de los señeros, Pepin se acurrucó en el portalito de una lujosa vivienda, y á los pocos minutos se durmió pensando en los hermosos juguetes que llenas los escaparates de los bazares.

II

—¡Si, mamá, déjame ir á la misa del Gallo! Ya tengo trece años y no he concurrido á ninguna. Cuentan que es un espectáculo grandioso!

—No, hijo mío, no... La aglomeración de curiosos suele producir graves percances en esa misa; además la noche está muy fría... Papá y yo tampoco vamos

—Dí que no quieres complacermé, mamita... Yendo con Matilde y Paco, nada podría ocurrirme desagradable. ¡Déjame ir, y te doy un beso!

—¿Es empuño? Pues bien, sea; no quiero que des más guerra con ese tema. Te abrigaremos, é irás con los muchachos.

Manolito, manco arrogante y zalameiro, saltó al cuello de su madre, dándole no uno sino media docena de besos por su condescendencia. Su victoria le puso contento; quería asistir á una misa del Gallo á las doce de la noche, porque esto constituía para él un nuevo y desconocido recreo. Tenía en su morada jugetes variados, cajas de dulces, soldados mecánicos y otros mil objetos, y su espíritu apetecía algo anormal que se saliese de la esfera vulgar. A la hora conveniente le envolvió su madre cariñosa en un abrigo de pieles, y con expresivas recomendaciones á la doncella Matilde y á Paco el cochero, dió á Manolito otro beso, diciéndole al verle salir:

III

Abrió Paco la maciza puerta de roble que daba acceso á la calle, y Manolito al salir, resuroso, tropezó con un obstáculo que le cerraba el paso.

—¿Qué es esto?— exclamó alarmado.

Inclinó el cochero y después de reconocer el bulto, se levantó y dijo:

—¡Un golfo!

—¡Pobrecillo!—añadió Manolito.—¡Dormido sobre la piedra!

—¡Está casi helado!—dijo Matilde.

Subió Manolito apresurado las escaleras que le separaban del piso principal, y llamó con acento conmovido á su mamá.

—¿Qué ocurre, hijo mío?— preguntó emocionada la respetable señora.

—¡Hemos encontrado á un niño co-ñado en el hueco de la puerta de la calle, y está medio muerto de frío. ¿Quieres, mamita, que lo suban á mi cama?

—¡A la tuya no, hijo, pero sí á una de las sobrantes del gabinete. Anda, Manolito, é á Paco que lo traiga.

Corrió alborozado el generoso niño, y el cochero tomó en sus brazos á Pepin, el cual descansaba momentos después en mullido lecho, entrando en reacción y durmiendo tranquilamente.

La aventura entreteu á Manolito, que perdió la misa, pero su mamá le ofreció un buen regalo en premio á su acción caritativa.

IV

A la mañana siguiente, Pascua de Navidad, Pepin abrió los ojos, y al ver la elegante cama en que había dormido, creyó que soñaba, y dijo:

—¡Mecachis! Ha sido una verdadera nochebuena la pasada... No he sentido en las carnes las mordeduras del frío, y he soñado que me besaba en la frente una señora tan rangua como la Virgen de la Paloma, y que me acariciaba un señorito muy currituco.

¡Lo que es el cenar bien, leñe!

FLORENTINO LLORENTE (FLORETA)



Ayuntamiento de Madrid



# PEPITORIA

## ADVERTENCIA

El próximo número será extraordinario y aparecerá como ALMANAQUE, habiendo hecho por nuestra parte todo lo posible para que sea una manifestación de nuestro agradecimiento al público que tanto favor viene dispendiendo a IRIS y una muestra de los elementos artísticos y literarios con que contamos.

Atentos siempre a las indicaciones que se nos quieran hacer y animados por el apoyo que encontramos en nuestros favorecedores nos cabe la satisfacción de participar que desde el próximo año aparecerá IRIS con importantísimas mejoras así en la parte material como en el texto y la ilustración, de tal manera que constituya una publicación única en su clase por su lujosa presentación y selectísimos trabajos dentro del mismo económico precio que hasta ahora.

No ha de tardar el público en poder juzgar de nuestras aseveraciones, pudiendo caberle la seguridad de que, como expresión de nuestra gratitud, nos desvelaremos por introducir en IRIS cuanto adelantamos se realicen en las artes gráficas y para que sea la más elevada expresión del progreso en punto a publicaciones ilustradas.

## TAPAS PARA IRIS

Participamos a nuestros lectores que tenemos ya las tapas para Iris al precio de 2'25 ptas.

Con el presente número termina la publicación de *Robinson Crusoe*, ilustrado por W. Paget, obra que ha servido de modelo a toda una literatura de aventuras y viajes y cuyo interés no ha cedido un ápice desde la fecha en que la escribió Daniel Defoe.

## LAS SOCIEDADES SECRETAS EN CHINA

Los chinos han sido siempre muy aficionados a formar sociedades secretas, como los italianos. Un sabio alemán ha descubierto que ya en 185 a. J. existía en el Celeste Imperio la sociedad de las Casquetas amarillas, a la cual estaban afiliados los man tarines hostiles a la dinastía de Han.

A comienzos del siglo XVIII cinco monjes y siete letrados fandaron la

Sociedad del Lirio blanco al objeto de derribar la dinastía tartara de los Tsing y restaurar la de los Ming.

A principios del siglo pasado, apareció la Liga de la *Oleada invasora*, subdividida en Sociedad de la Trinidad, Sociedad del Loto azul, de la *Orquídea de oro*, etc., para cuya admisión en ellas debía el aspirante beber un vaso de agua.

Los *Pibellones Negros* y la *Liga del Lirio blanco* que tanto dieron que hacer a los franceses en el Tonkin son, como los *Boxers*, derivaciones de *La oleada invasora*.

—Soy el consonante en *im* de la semana.—Ya no necesito más. ¡Triunfo por siempre el LADIVONSIM!

## LA OPERACIÓN DE LA MUERTE

No sabiendo ya los cirujanos que nueva operación practicar en los vivos han tenido la idea de operar los muertos, es decir, los internamente muertos, porque parece que se puede estar muerto solo internamente.

Supongamos un *cadaver difunto* a consecuencia de un obstáculo en la circulación: un trombus, una embolia.—quiere decir un cuajaron de sangre.—Pues operación al canto: se le abre el pecho al muerto, se le comprime rítmicamente el corazón, franquea la oleada sanguínea el obstáculo causa de la muerte... y ¡a vivir tropa! hasta que el interesado se remueva al cabo de poco tiempo, pero quien sabe si lo suficiente para otorgar un testamento, generalmente desagradable en este caso.

Y hete ahí un caso morrocotudo: ¿se puede testar después de muerto?

Por lo demás, no se crea que sea broma lo que queda dicho: lo afirman D'Arsonval y Le Dantec (¿quien no hay que confundir con el Dante como hizo el otro).

## PENSAMIENTOS

Hay en el diccionario tres palabras que causan la ruina del rico y tres que ocasionan el bienestar del pobre: son las primeras, *lujo, ambición y soberbia*; las segundas, *honestidad, economía y trabajo*.

Una acción buena vale a los ojos de Dios lo que el arrepentimiento de muchas acciones malas.

## JEROGLIFICO



La solución en el próximo número.

## SOLUCIONES

¿a los pasatiempos del número anterior?  
Charada.—Vaquero.  
Frase hecha.—Salir del pas...

## CORRESPONDENCIA PAPIER

J. de H.—Madrid.—Muy bien...  
te. Así se escriben los versos. Se...  
Eun.—Como todo lo que usted...  
por ella no tiene pero es la cuestión de forma,  
pero se me antoja que el final no tiene toda la  
punta necesaria. De todas maneras, adelante  
con los faules.

A. M.—Me temo que *Gota de sangre* podría parecerse a algunos barto fuerte, sino que Mouda, a pesar de todo, pudiera rehabilitarse ante el respetable público, como con tanta magnitudinad parece perdonarle usted.

A. S.—Barcelona.—Demasiado filosófico en el actual momento histórico.

M. M. V.—Madrid.—Pues guo se ha de publicar, amigo? ¡Y tall! solo le ruego me conceda algún respiro, pues no será posible insertarla hasta dentro de algunas semanas.

J. G. R.—Allá va el soneto:

Con bello pájaro jugaba un chico al cual el niño estaba atormentando, y el pobrecito hallabase plando y allí piedras le ponía en el pico. Luego, poco después, voy y dedico allí atención y veo estaba echando al pájaro hacia el suelo, mas volando muchos golpes quitábase del chico. ¿Con cuánto gusto el pájaro quería la libertad, que es una grande cosa, nunca quitada sino en ese día! Mas si, por el contrario, alguna hermosa me prendiese en sus redes, ¿desearía salir de los pétalos de una rosa?

M. U. L.—¡Aceptadísimo!  
C. F.—Barcelona.—Partiremos la diferencia, y publicaremos un cantar:

El desterrado suspira por su patria más querida, y yo suspiro también por mi dulce amor perdido. ¡Y dirán luego que en España no se goza de libertad!

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA \* INSERTARSE O NO, NO SE DEBE ELLE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIFOLITOGRAFICO EDITORIAL DE RAMON MOLINAS: PLAZA DE TETUAN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid





Ayuntamiento de Madrid